

Esterilidad creativa

Leda Rendón

Una gran parte de la literatura actual en nuestro país es vacía y estereotipada. Obedece a un impulso externo de los creadores que buscan la gloria y la fortuna y se olvidan de que eso nunca ha sido garantía de calidad. Además, algunos “consagrados” se hacen de un círculo amistoso en el poder que les ayuda a permanecer y olvidan incluso el porqué de su arte. Cuántos creadores llenos de soberbia vemos desfilar por las televisiones y los recintos universitarios. Muy pocos son los que se alejan de los reflectores, las fiestas y las redes sociales. La autopromoción es la marca del momento: ofrecen sus libros en Facebook y Twitter como merolicos en el metro. Muchos intelectuales mexicanos abrazan los temas de moda y tienen prisa. Lo importante es escribir mucho, salir en los medios, ganar premios, estar en todos los eventos político-literarios (ferias y presentaciones de libros) y vender libros. Venderlos, no importa si alguien los lee o no; venderlos para que sean cosas muertas en un estante, “objetos entre los objetos”, diría Borges. Lo cierto es que la necesidad los guía.

En nuestro país casi nadie lee, por eso pocos escriben bien. La lectura no importa, lo mismo que el mundo interior de las personas. “El libro no es útil”, dicen. Nunca lo fue ni lo será, les digo. Hay incluso autores famosos y muy premiados que dejaron de leer hace tiempo ya. Muchos falsos intelectuales se han apoderado de espacios antes manejados por verdaderos críticos del sistema; auténticos artífices literarios, conductores profesionales e imanes de talento. Hay que decir también que ser escritor es para casi todos su segunda profesión; la primera es ser profesor o funcionario.

Entonces hay que cuidar el reducido espacio vital. Escribir en el tiempo libre. Fa-

bular entre el desayuno y la cena mientras se consigue dinero para vivir: descubrirse a la hora del café frente al compañero que quiere tu puesto y atisbar un mundo posible en la mueca del jefe. A esto obliga el sistema. Cuando se tiene trabajo, claro está. Los más radicales dirán que un autor se forma en la adversidad; su conciencia colectiva está en el sufrimiento, en la locura, acaso en la pesadilla. Estas personas olvidan que el escritor se alimenta de arte. Lo que él hace es crear mundos diversos, que se parecen a la realidad en algunos casos, pero que para nada lo son. Y los libros, oasis de la creación, a qué hora pueden ser leídos si la “necesidad” es el sino. Pronto este país que desprecia a sus creadores verá la miseria y la corrupción en cada espacio. Y como aniquiló a sus noveles talentos se hallará sin armas para vencer la soledad del mundo devastado que le espera.

A los escritores jóvenes —de entre dieciocho y cuarenta y nueve años, en ocasiones más— no se les paga lo que escriben. “Están aprendiendo”, “se están fogueando”, dicen. Argumentos, válidos dirán quizá los editores; incluso algunos creadores. Aunque en el fondo sabemos que ese hecho devalúa el trabajo del artista: sus ideas no “valen” nada. La escritura es un divertimento, un título nobiliario, no una profesión. Estos “aprendices” de mago ya envuelven con su encanto y, por instantes, engañan como en las manos del mejor artífice de la historia de la literatura. Entonces, ¿por qué no merecen consideración y respeto? Rulfo, Cortázar, Borges, Kafka, Beckett, Nabokov, Stevenson, Poe, Shakespeare, Cervantes, Sófocles, Esquilo son algunos de los maestros para las nuevas generaciones de creadores primordialmente educados por la televisión y ahora por la red. El problema, quizás, es

que no han resignificado a estos genios y el contenido audiovisual todavía los rebasa.

Al ponerle bigotes a la *Gioconda*, Marcel Duchamp estaría inaugurando la mofa sistemática a los iconos universales de la cultura y el arte. El asunto es que parece que no se puede avanzar después de ese acontecimiento. Están inmersos en una especie de *loop*: repiten la fórmula del autor de *El gran vidrio* al infinito. Así lo paródico se instala en las entrañas del creador contemporáneo: y en muchos casos se tiene la sensación de que los héroes son caricaturas. Además, el mal cine está muy presente en las transiciones y en lo estereotipado de los personajes y se convierte así en ejemplo y condena. El melodrama es el género preferido, la novela la meta y la fama la obsesión: detrás sólo está el abismo; un mundo interior vacío; el desasosiego.

El arte de la escritura radica en tratar de ver con ojos ajenos y saborear ese mundo “bizarro” que observa el otro, quien con sólo expresarlo a través de palabras ya está ficcionando. La buena literatura se aleja siempre que puede del lugar y del sentido común. Quienes pretenden encontrar algún tipo de utilidad en ella pierden su tiempo. La literatura está hecha para “sentir la pura satisfacción que transmite una obra de arte inspirada y precisa”, como aseguraba Nabokov. Desgraciadamente muchos creadores lo han olvidado y se venden al mejor postor. El problema es que una nación que pervierte a sus artistas y los vuelve sus sirvientes por hambre está condenándose. La triste ignorancia se apodera de este nuestro país devastado. Mientras, sus creadores piensan si podrán pagar la renta o la colegiatura de sus hijos y le roban tiempo al día para inventar con su escritura otro lugar: un refugio.